

La biblioteca

Ricardo Forster

Universidad de Buenos Aires

Una mañana otoñal, mientras emprendía el arduo trabajo de reacomodar los libros en la nueva biblioteca que acababa de colocar para darle cobijo al desbordamiento incesante de papeles y volúmenes que ya se amontonaban peligrosamente a mi alrededor, me asaltó una extraña sensación que entremezclaba lo anacrónico y el *deja vú*, como si el pasado regresara inopinadamente haciéndome cargos de mis olvidos y omisiones, de mis fidelidades y continuidades, de aquellos libros que envejecidos parecían mirarme con cierto reproche desde la lejanía de los anaqueles más altos, como diciéndome que en otra época de mi vida y quizás del mundo ellos habían tenido un protagonismo del que ahora carecían por completo. Casi treinta años se me presentaron sin pedirme permiso: regresaban recuerdos extraviados que, ahora lo sé, desde siempre estuvieron asociados a algún libro, a ciertas lecturas insoslayables en otra era geológica en la que era imposible escapar a la presencia de autores decisivos, tan decisivos que jamás imaginaríamos llegado el tiempo de su ocaso, ese momento en que sus escrituras inevitables se volverían opacas y, para las nuevas generaciones, ilegibles e invisibles. Y sin embargo, en esa mañana en la que las hojas de los árboles iban cayendo inexorablemente, mi biblioteca comenzó a interrogarme; ella formuló preguntas que me tomaron desprevenido, fue presentándose, uno tras otro, libros y autores, antiguos compañeros de polémicas interminables, libros queridos, únicos, que, en su momento, constituyeron los mojones esenciales en la demarcación del camino que había que seguir.

Marx, claro, ocupaba el lugar de privilegio pero rodeado por la vastedad inabordable de las obras completas de Lenin, suerte de *Talmud* al que recurriamos para intentar comprender en qué se parecían los acontecimientos rusos de 1917 a los sucesos argentinos de 1973, hasta dónde eran homologables Cámpora y Kerenski o las huelgas de Villa Constitución constituían nuestra propia experiencia de soviets obreros. Pero con Lenin no sólo articulábamos nuestras estrategias políticas, entre sus obras podíamos introducirnos en los debates filosóficos pronunciando los nombres extraños de Mach y Avenarius, del empiriocriticismo y de la dialéctica hegeliana junto a la crítica del idealismo esteticista de Lunacharski; leíamos los oscuros cuadernos filosóficos escritos en el exilio bernés mientras Europa estallaba en mil pedazos, sus análisis definitivos sobre las fuentes del pensamiento de Marx y sus incursiones en el territorio de la literatura. Todo, o casi todo, estaba allí y si algo faltaba algunos lo completábamos con Trotsky y otros con Mao (casi nadie leía ya a Stalin).

Los más sofisticados incorporaban al Lukács de *Historia y conciencia de clase* o de a poco iba emergiendo el nombre de Gramsci. En los sesenta y los setenta los estantes principales, aquellos que estaban bien cerca y a la mano, estaban abarrotados de las obras de Marx y Engels (el *AntiDüring* y *Dialéctica de la naturaleza* estaban en un primer lugar para fortificar nuestro combate materialista contra la bestia idealista), de Lenin, de Trotsky (todavía puedo sentir el inmenso placer de la lectura, a través de su intensa pluma, de los dos tomos de *Historia de la revolución rusa*), de autores menores pero significativos en el imaginario de todo joven portador de una identidad izquierdista (me refiero, por ejemplo, al John Reed de *10 días que conmovieron al mundo* o al Victor Serge de *Memorias de un revolucionario* y de *El año I de la revolución*); también estaban allí las Obras escogidas de Plejanov (¿Quién lee hoy a Plejanov? ¿Quién se detiene a recorrer sus páginas en las

que iba de Darwin a Puschkin, de los atomistas griegos a Lermontov?) junto a la colección de la biblioteca socialista de Pasado y Presente creada y dirigida por el inolvidable Pancho Aricó, que nos devolvía las polémicas sobre la idea de Partido o nos presentaba a un autor desconocido como Anton Pannakoeck. Pero allí también estaban las críticas de Rosa Luxemburgo al incipiente despotismo bolchevique o ese libro brillante, inaugural del marxismo occidental, publicado por Lukács en 1923, libro que en lo personal leí algunos años después, cuando azarosamente llegó a mis manos mientras revolvía las estanterías de una librería latina en Los Ángeles a finales de 1976 (extraña vivencia la de estar leyendo el capítulo sobre la cosificación de la consciencia en la meca hollywoodense y en medio del esplendor consumista del capitalismo norteamericano que todavía, como sociedad, no lograba reponerse del trauma causado por la guerra de Vietnam, en una época del mundo en la que el Imperio podía ser derrotado por un pueblo aguerrido y una opinión pública confundida y espantada).

Primero, había leído con fervor hegeliano *Marxismo y filosofía* de Karl Korsh y, a la par, un hoy olvidado libro de un excomunista español llamado Fernando Claudín, me refiero a su monumental *La crisis del movimiento comunista internacional*, libro que tuve en su primera edición de la mítica Ruedo Ibérico (recuerdo todavía cuando lo compré en la librería Cénit de Corrientes y Talcahuano en los días turbulentos de 1974) y que luego perdí y volví a comprar muchos años después en otra edición a la que simplemente le dediqué mis fervores nostálgicos pero que casi no leí. Algo semejante sucedió con aquella magnífica edición de la *Historia del Partido Bolchevique* escrita por Pierre Broué, grueso volumen en el que no sólo desfilaba el origen heroico del leninismo sino que, en su parte final, nos ofrecía el desolador panorama de las purgas stalinistas y la liquidación de toda la vieja guardia revolucionaria. A quedado como imborrable el día que haciendo acopio de toda mi valentía me robé ese libro de una tradicional librería de la avenida Corrientes, frente a dos empleados y con todo el desparpajo de mis 16 años. Debo confesar, en estos tiempos de neopuritanismo en los que la propiedad privada ha vuelto a ser sacrosanta inclusive para la izquierda, que en aquellos años una genuina biblioteca se iba formando, entre otras estrategias, con los sistemáticos asaltos a las librerías. Éramos pequeños anarquistas expropiadores que manteníamos la conciencia tranquila porque el producto de nuestros hurtos eran aquellos libros que deberíamos leer en nuestra preparación política. Por supuesto que alguna que otra novela se colaba atravesando las fronteras de nuestras vigilantes éticas revolucionarias. Para la tranquilidad de todos ustedes quiero destacar que ningún librero se fundió y que por cada libro sustraído utilizando las más diversas y arriesgadas técnicas, al menos comprábamos otra buena cantidad. No tengo la menor duda de que puestos a elegir entre una actualidad raquíutica en la que ya no se roban libros porque los dispositivos tecnológicos lo impiden pero tampoco se compran como antes, los libreros de raza volverían gustosos a aquellos tiempos en los que ambas partes desplegaban increíbles astucias en una guerra interminable pero con algo de fraternal. ¿A veces me pregunto si un tribunal no me hubiera absuelto después de comprobar que durante dos interminables semanas logré hacerme con los cuatro tomos de la *Estética* de Lukács? Más que un robo aquello fue tanto una obra de arte como una manifestación de inaudita devoción. Al hambriento no se lo condena por robar el pan. Y nosotros teníamos hambre de libros.

Junto a estas sofisticadas expresiones del marxismo occidental se superponían las obras completas del Che Guevara, las actas tupamaras, los escritos políticomilitares de Nguyen Giap, *Los condenados de la tierra* y *¡Escucha, Blanco!* de Fanon (que hoy vuelve a cobrar vigencia a través de los estudios poscoloniales), los tomitos de historia argentina de Milcíades Peña (al que Horacio Tarcus le ha dedicado un libro de rescate imprescindible), *La revolución del '90* de Luis Sommi junto a una memorable edición de la *Historia de la revolución francesa* de Jéan Jaurés. Tampoco podían faltar los libros de economía (en aquellos años setenta la economía constituía todavía una parte imprescindible de la formación intelectual junto a la filosofía, la política, la historia, la literatura y, si me apuran, la ciencias naturales -también estaban en la biblioteca *La evolución de la*

especies y *El origen del hombre* de Darwin): obviamente estaban allí los amenazantes tres volúmenes de la edición del Fondo de Cultura Económica de *El capital*, acompañados, para entenderlos mejor, por autores como Maurice Dobbs, Paul Swissey, Ernest Mandel o los inefables catecismos de Marta Harnecker. Como expresión de cierta sofisticación también estaban los clásicos del austromarxismo, especialmente Rudolf Hilferding y Otto Bauer, cuyo libro sobre las nacionalidades jamás alcancé a leer en toda su inabordable extensión; todavía recuerdo inclusive la edición de *La cuestión agraria* de Karl Kautsky que compré entusiasmado en la librería que el Ruedo Ibérico tenía en París a mediados de 1976 (¿quién, salvo un obsesivo y prolijo historiador, lee hoy a Kautsky y sus reflexiones sobre el mundo campesino y las transformaciones operadas por el desarrollo del capitalismo?). Ocupando un lugar bien visible en la biblioteca estaban la interminable *Historia del socialismo* de Cole y *La historia de la Rusia soviética* de Carr. Entre ese extraordinario corpus marxista, omnipresente y dominante en los años setenta, se encontraba, aunque más tímidamente porque mi generación ya no lo leyó con fervor, el Jean Paul Sartre de *Para una crítica de la razón dialéctica*.

La de los setenta fue una biblioteca marxista y tercermundista, en la que confluían Levy-Strauss, Lacan y Althusser para los que se inclinaban por el estructuralismo (libros esenciales fueron *Para leer el capital* y *El pensamiento salvaje*, los sesudos análisis en los que Louis Althusser nos presentaba el Marx científico versus el Marx romántico idealista de la juventud, y en el que Levy-Strauss, en el capítulo final de su estudio antropológico arremetía despiadadamente contra el concepto sartreano de historia), o Lukács acompañado por un heterodoxo Marcuse que constituían las trincheras hegelomarxistas contra la invasión estructuralista que iba ganando cada vez más posiciones, especialmente entre las tribus psicoanalíticas y las de la crítica literaria. Todavía tengo en mi biblioteca *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault comprada en México durante el año 1978 sin imaginar, por supuesto, que en la segunda mitad de la década siguiente seríamos testigos de una avalancha foucaultiana que se derramó sobre la escena cultural y académica argentina. Foucault no era, en aquellos tiempos setentistas, la figura estelar de una crítica radical de la tradición marxista ni era aún el ícono de las ciencias sociales que fue durante la segunda mitad de los ochenta. Todavía los estantes de nuestras bibliotecas, al menos de la mía, seguían un orden en el que algunos autores deberían esperar su oportunidad.

La filosofía como arma para la revolución junto a *Para leer El capital* o *Historia y consciencia de clase* se disputaban el campo de la hermenéutica marxista y ocupaban un lugar central en la estantería, acompañados según las inclinaciones por las nuevas voces del pensamiento francés al que aún no se denominaba como postestructuralista (*de la gramatología* de Derrida y *El antiEdipo* de Deleuze y Guattari se presentaban con toda su complejidad laberíntica para iniciar el desfondamiento de las venerables certezas) o por la llegada, a estas costas, de Adorno, Horkheimer, Marcuse y Benjamin. En mi biblioteca de finales de los setenta, cuando regresé a Buenos Aires, ocupó un lugar de privilegio *Dialéctica del iluminismo* en la versión de Murena, al que luego le siguieron *Dialéctica Negativa* y *Minima moralia*. Sutilmente algunos libros se iban corriendo al costado y otros iban ocupando los lugares dejados vacantes. Todavía conservo un ejemplar de *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, texto editado por Grijalbo en el que se reproducía el congreso de sociología alemana de 1962 que tuvo como estrellas rutilantes al propio Adorno y a Karl Popper, acompañados respectivamente por los jóvenes Jürgen Habermas, Ralf Dahrendorf y Hans Albert. Esa extraordinaria polémica confrontó, en aquellos años, al representante más acabado de la tradición frankfurtiana, él mismo heredero de Hegel, Marx, Nietzsche, Freud, Weber, Simmel, Lukács, con el exponente más reconocido del neopositivismo y de la vieja escuela de Viena. De a poco los clásicos del marxismo fueron despojados de su centralidad, algunos hasta fueron devorados por ciertas llamas en noches de infausta memoria. Todavía lamento la pérdida de la edición en cuatro tomos de la *Estética* de Lukács y los tomos de *El capital* en traducción de

Wenceslao Roces y nunca volví a reponer las obras de Lenin. Algo estaba sucediendo y, como siempre, mi biblioteca no dejaba de expresarlo con sus inquietos movimientos.

En los años de cierre de la dictadura, años en los que el repliegue intimista influyó notablemente sobre nuestras bibliotecas, otras lecturas fueron abriéndose camino hasta ir acorralando a esos otros libros que de a poco se irían sumergiendo en un piadoso olvido deslizándose en silencio hacia las regiones más alejadas, en esos rincones casi inaccesibles de la biblioteca. La potencia de ciertos nombres, Marx principalmente, ejercieron una tozuda resistencia ante la inminencia del desplazamiento y, tal vez haciéndonos los distraídos, dejamos que siguieran ocupando el lugar de siempre aunque en el fondo sabíamos que se habían convertido en testimonio de una época en gran medida clausurada por el espanto, la derrota y la llegada de otras bibliografías (no podíamos dejar de sentir cierta culpa cuando reemplazamos la escritura clásica y exigente de Marx por el golpe de efecto de *El espejo de la producción* de Jean Baudrillard, un libro pequeño en el más amplio sentido de la palabra que, sin embargo, contribuyó a herir las antiguas certezas). Mi generación tal vez fue la última que fue construyendo su biblioteca al calor de las exigencias de la realidad, pensando, primero, que las escrituras urgentes e insoslayables de la tradición revolucionaria no sólo eran notas al pie de página en monografías académicas, si no que constituían verdaderos campos de batalla intelectual y político; que no daba lo mismo leer a Gramsci que a Lucien Goldman, que los libros exponían, en sus diversidades y en sus diferencias, la permanencia de la polémica. Dime quiénes estaban en tu biblioteca y te diré a qué grupo pertenecías. Con solo entrar en la casa de algún nuevo conocido y echar un vistazo rápido a sus libros era posible hacer una radiografía de afinidades y enemistades y, obviamente, prolongar la relación o abandonarla raudamente. En aquellos años la palabra *tolerancia* no era más que un fantasma al que nadie le prestaba la menor atención.

La biblioteca como prolongación del campo de batalla; en ella las convivencias no podían ser pacíficas y las páginas de los libros, furiosamente marcadas y sobrescritas, daban testimonio de irreductibilidades y dogmatismos, de impostergables reclamos de la acción y de sutiles desvíos teóricos que irían articulando otros lenguajes capaces de preparar el giro hacia un más allá de la política. Recuerdo, todavía, cuando a finales de los setenta leí con inicial deslumbramiento por el estilo poetizante de sus reflexiones filosóficas, un libro de Kostas Axelos, *El pensamiento planetario*, en el que Marx se encontraba con Heráclito y Heidegger y subrepticamente otra mirada comenzaba a oradar los antiguos e incommovibles sitiales de mi biblioteca. Hay autores y libros que no resisten la prueba de los años, que leídos mucho tiempo después nos preguntamos con perplejidad cómo pudieron ser tan importantes en ese otro contexto cuando sus lecturas nos deslumbraron y produjeron un hondísimo impacto en nosotros. Con *El pensamiento planetario* de Axelos me pasó y me pasa exactamente eso: es un libro al que ya no puedo volver, que me resulta demasiado manierista en su estilo, tremendamente recargado, exagerado, pero en el que aún percibo cierta intensidad, un aura que, un cuarto de siglo atrás, brillaba, al menos para el joven que era en aquellos años de transición y búsqueda, en todo su esplendor. En todo caso, lo gratificante de esa lectura era que todavía podía permanecer en la huella de Marx pero agregándole los mundos más vastos de la filosofía griega, de otra interpretación de Hegel y de un Heidegger leído en clave de una praxis transformadora (esfuerzo que también había hecho Lucien Goldman cuando acercó al autor de *El ser y el tiempo* con el Lukács de *El alma y las formas*, *Teoría de la novela* e *Historia y consciencia de clase*). Desde un lugar algo más complejo e infinitamente más sobrecargado e irónico, Slavoj Žižek, cuyos libros comienzan peligrosamente a ocupar algunos significativos sitios de la biblioteca, hoy reúne para nosotros a Marx con Lacan y a Hitchcock con Hegel, recordándonos que en nuestros extraños mundos nada se pierde y todo se transforma.

El paso de los años quizás nos permite, me permite, desentenderme de ciertas modas fabricadas en las usinas académicas y de la industria cultural, sabiendo, con el simple gesto de contemplar mi biblioteca, que muchos otros libros y autores ocuparon, por un instante, lugares

de honor del que rápidamente fueron desalojados sin siquiera emitir alguna protesta. Simplemente se corrieron hacia el rincón más apartado tal vez soñando con un retorno al protagonismo perdido. Cuando a veces siento la tentación de desprenderme de algún libro añejo, de esos que parecen no haber podido superar la prueba, no de los cien años como quería Borges, sino apenas la de un lustro, me asalta una cierta inquietud, una suerte de *deja vú*, que me martiriza imaginando su retorno triunfal a escena. Eso me pasó con Fanon, sus libros, salvo un viejo y roto ejemplar de *¡Escucha, blanco!* hace mucho tiempo que abandonaron la biblioteca perdiéndose en alguna mudanza, como lastre que uno arroja al mar para aliviar de carga el barco. Y ahora, leyendo a Bahbha y otros cultores del poscolonialismo, me reencuentro con un Fanon olvidado, desplazado, cuya sola mención entre un público aggiornado resultaba casi un bochorno. Sigam el consejo de Borges, pero al revés, no se desprendan de ningún libro que no haya cumplido la prueba de los cien años, de los diez años, del año, porque mañana podemos llegar a necesitarlo imperiosamente. El alma de una biblioteca es su infatigable anacronismo, la venturosa posibilidad de permanecer a salvo de modas académicas y de las otras, de regocijarse en su inactualidad que, por esos misterios insondables, acaba siendo siempre actual. Tal vez por eso me resisto con uñas y dientes, y contra toda mi familia, a los pedidos de piadosas donaciones. ¡Qué la filantropía la hagan otros con sus libros!

La década del setenta, al menos en su primera mitad, heredó mucho de su antecesora, se hizo cargo de las arduas polémicas suscitadas allende el Atlántico pero imprimiéndole, en estas orillas, un giro de mayor politización. La dictadura anticipó, aunque eso todavía no podíamos saberlo, lo que ya algunos pocos entendidos podían intuir de los desenlaces de las nuevas ideas que mortificaban los venerables saberes marxistas: algo estaba sucediendo y las consecuencias desencadenadas por el mayo del 68' lejos de amplificar las avenidas libertarias y revolucionarias las fueron conduciendo a un callejón sin salida. Todavía recuerdo la escandalosa llegada a México de los nuevos filósofos franceses (Glucksman, Leví, etcétera) y su vano intento por hablar en público ante masas de enardecidos estudiantes. Pocos años después la anunciada crisis del marxismo se convirtió en un tema recurrente, la enunciación del final de una época de la historia, la evidencia, voceada a los cuatro vientos, del fin de los grandes relatos asociado con muertes varias. El escándalo dejó paso al aggiornamento teórico y con la intensidad de un huracán nuestras bibliotecas sufrieron cirugía mayor sin anestesia. Entre los autores marxistas el único que pudo sustraerse al brutal desplazamiento fue Antonio Gramsci, al menos durante la primera mitad de los ochenta cuando se intentaba aún rescatar, dentro de la tradición de Marx, alguna voz innovadora. Así como durante los años de la dictadura las bibliotecas sufrieron un espantoso descalabro, acompañando en muchos casos el terrible destino de sus dueños; los que no regresaron, al final de esa larga noche, fueron aquellos libros de la revolución, aquellas obras tercermundistas que ocupaban nuestros estantes, esos eruditos análisis de marxistas italianos que discutían en clave bizantina la filología del maestro de Treveris. Con cierto disimulo pero sabiendo que la historia suele tener sus recurrencias, esos libros fueron colocados en zonas menos visibles entremezclándose, no sin sorpresa, con aquellos otros libros de la infancia de los que, en lo personal, me negaba a desprenderme.

Bibliotecas clandestinas, bibliotecas autocensuradas, bibliotecas en las que un enorme hueco nos devolvía la ominosa presencia-ausencia de una parte fundamental de nuestras biografías. La de los años dictatoriales fue una biblioteca críptica en la que algunos libros podían permanecer sin llamar la atención, disimulados por títulos o autores muy poco conocidos o simplemente desconocidos para la barbarie represiva. Para mí significó leer con intensidad ya no al Lukács de *Historia y consciencia de clase*, sino al de *El joven Hegel*; abordar con entusiasmo inigualable a los autores de Frankfurt que multiplicaban con mayor sutileza mis inclinaciones hegelomarxistas aunque introduciendo el germen, para mí insospechado, de su propia disolución. *El nacimiento de la historia* de François Châtelet y su *Historia de la ideología* me permitieron, junto al

ya mencionado Kostas Axelos y a otros franceses más universales como Georges Dumezil, Georges Gusdorf y Gastón Bachelard, prepararme para el terremoto que se avecinaba, un terremoto que conmovería profundamente los cimientos y que forzaría a una extraña metamorfosis de la biblioteca. Sin saberlo, pero leyéndolo con cada vez mayor sistematicidad, la sombra del nihilismo nietzscheano comenzaba a iniciar su trabajo de demolición. Lejos ya de los exabruptos lukacsianos de *El asalto a la razón*, el final de los setenta estuvieron signados por las múltiples lecturas de Nietzsche, por el redescubrimiento de su radicalismo que, eso debe ser dicho, nos iría permitiendo alejarnos de los “grandes relatos” cobijándonos en una filosofía socialmente desarraigada, muy acorde con la retirada hacia el interior de nosotros mismos que marcaron esos años. Algunos optaron por el Nietzsche interpretado en clave heideggeriana, otros lo hicieron tratando de conservar un perfil de izquierda y lo buscaron en la recepción frankfurtiana o en la francesa. Algunos libros leídos con intensidad fueron: *La filosofía de Nietzsche* de Eugen Fink; *Nietzsche y la filosofía* de Gilles Deleuze; el *Nietzsche* de Henri Lefebvre y esa extraña edición que publicó sudamericana de ese espléndido libro de Karl Löwith *De Hegel a Nietzsche, de Marx a Kierkegaard. La quiebra del pensamiento revolucionario del siglo XIX*. Algunos años después, en una temprana edición de Folios, llegó “Nietzsche, la historia y la genealogía” de Foucault.

La biblioteca, como no podía ser de otra manera, reflejó el brutal giro de la época, ella también se refugió en sí misma depurando sus estantes de aquellos libros que habían signado la derrota. Regresaron los clásicos, casi en sordina, sin hacer ruido, como aquel que nunca se fue y que estando siempre pasa desapercibido. Refugiarse en los griegos, leer en pequeños e inolvidables grupos de estudio a Hegel, empezar a ojear, con enormes dosis de sospecha nunca clausurada, a Heidegger. El pensamiento de Marx, al mismo tiempo que lo íbamos rodeando con autores venerables y enriqueciéndolo con nuevas perspectivas, iba iniciando su crepúsculo, transformado ahora en clásico, despojado de sus urgencias políticas, acallado su reclamo de revolución. El giro intimista de esos años finales de la década del setenta preparó la rebelión teórica de los ochenta, anticipó la crisis de los grandes relatos cuando todavía nadie hablaba de modernidad y posmodernidad. Todas las fuerzas estaban enfocadas, y nuestra biblioteca también, hacia el rescate crítico de la tradición de izquierda. Por eso leíamos a Rudolf Bahro, su libro *La alternativa* en la que se intentaba construir un socialismo emancipado de los dogmatismos, heredero de lo mejor de la perspectiva marxista con los reclamos libertarios de aquellos que habían vivido en carne propia la terrible experiencia de los socialismos reales. Duró poco, apenas si la biblioteca le otorgó un lugar, ni siquiera puedo recordar dónde fue a parar y por qué no logro encontrarlo ni siquiera en el rincón más apartado. De esos años conservo una colección encuadrada de la revista *El viejo topo*, cuando su lectura era insoslayable y sus entrañables intentos de refundar una tradición libertaria y marxista parecía aún posible. ¿Tal vez anticipaba Bahro y su libro el derrumbe sorprendente y velocísimo del mundo soviético? ¿Cuál podía ser el sentido de un libro que imaginaba una salida “por izquierda”, llevando aire fresco a un sistema carcomido hasta los huesos? Todavía no podíamos sospechar, cuando acompañábamos esas lecturas de los disidentes con el entusiasmo despertado por el movimiento de Solidaridad en Polonia, que estaba llegando la hora de los sepultureros. La biblioteca, que todo lo sabe, algo intuyó y nunca le otorgó un lugar destacado a esa bibliografía venida del otro lado de la cortina de hierro.

Los ochenta fueron despiadados y extraños, su intensidad corrió pareja con su potencia destructiva, con la veloz entrada en un más allá del escepticismo. Apenas el disimulo del '83 y de los fervores democráticos pudieron esconder, por poco tiempo, el proceso de descomposición que se multiplicaría en aquella paradigmática década. Mucho de lo que sucedió después puede ser comprendido sólo si recordamos qué nos pasó en ese tiempo de giros y travestismos, de entusiasmos posmodernos y de estetización teórica. Y como siempre la biblioteca fue testigo

silenciosa de esos cambios, ella resintió sin quejarse el abandono de estantes completos, el exilio de libros entrañables para ver de qué modo nuevos autores comenzaban a poblar sus anaqueles, imaginando una eternidad de la que no fueron portadores. Entramos en una vorágine de nuevas y fugaces bibliografías, estar al día parecía imposible mientras nuevas palabras comenzaban a ocupar el centro de la escena intelectual. Durante algunos años un cierto reformismo asociado con la reivindicación ingenua del Estado de derecho y de la democracia catapultó a autores como Norberto Bobbio en el exacto instante en que la demolición deconstruccionista y postestructuralista de los supuestos normativos de la modernidad clásica iniciaba su triunfal periplo entre nosotros, produciendo un inigualable fervor entre los departamentos de letras. Todavía el Habermas de *Teoría y praxis* conservaba los restos de esa tradición vapuleada. Con *Teoría de la acción comunicativa* sentí que el hilo delgado que lo unía a su maestro Adorno se había roto irreversiblemente.

Salidos del espanto dictatorial enfrentamos un doble desafío: por un lado revisar nuestra turbulenta relación con la democracia y, por el otro lado, descubrir cómo la tradición de la que proveníamos iniciaba su colosal crisis. Y como no podía ser de otro modo, la biblioteca se hizo cargo de esos desafíos, fue expresión de las nuevas polémicas teóricas, contribuyó, con sus inauditas renovaciones, a transformar lo que hasta el día anterior había signado nuestra visión del mundo. Debo reconocer que cierta esquizofrenia se apoderó de sus anaqueles de los que salían las voces más diversas y enfrentadas, un aturdidor coro desafinado que sin misericordia comenzó a demoler el antiguo orden. Recuerdo todavía un artículo publicado por Juan Carlos Portantiero en *Punto de Vista* en el que concluía que nos había sobrado Rousseau y nos había faltado Locke. Hacia ese olvido fue una parte de la biblioteca, un olvidado que lo buscamos inclusive en las escrituras de algunos marxistas que reaparecían del abrumador exilio al que los había sometido el catecismo leninista: los nombres antes repudiados de Berstein, de los austromarxistas, de Kelsen leídos ahora en clave liberal progresista. Otros, mientras tanto, insistieron con aquellos exponentes de una tradición libertaria dentro del marxismo: Rosa Luxemburgo, el Ernst Bloch de *El principio esperanza*, algo de Antonio Gramsci. Pero tampoco faltaron esos otros libros radicales en su crítica de la modernidad liberal que iniciarían un periplo hacia la puesta en cuestión más amplia de un orden civilizatorio que homologaba los discursos burgueses y socialistas: desde la derecha más oscura llegaban las ideas iluminadoras de Carl Schmitt y de Ernst Jünger. *El concepto de lo político*, una edición a cargo de Aricó, marcó la entrada del jurista alemán al debate de la izquierda intelectual, porque la otra, la política siguió en su inigualable dogmatismo incapaz de darse cuenta de que algo sustancial había cambiado en el curso de la historia. *Tempestades de acero* y *El trabajador* de Jünger nos ofrecieron otra perspectiva desde la que mirar el drama del siglo veinte; allí, ante nosotros, se desplegaba una prosa de una belleza helada que nos decía algo esencial de una sociedad que marchaba hacia el dominio técnico y burocrático, que descubría en el concepto de “movilización total” el derrotero de la época. Como nunca antes nuestra biblioteca le hizo un lugar a voces peligrosas, allí estaban esos libros ardientes que nada o muy poco tenían que ver con nuestra tradición intelectual.

Descubrimos de la mano de algunos libros de Michael Löwy, de Jeffrey Herf, de Martin Jay, de Stuart Hughes, las extraordinarias polémicas de la Europa de las primeras décadas del siglo veinte. En libros como *Conciencia y sociedad* de Hughes, en *La imaginación dialéctica* de Jay, en *Para una crítica de la intelectualidad revolucionaria* de Löwy, en *El modernismo reaccionario* de Herf, percibimos otra dimensión de la cultura, ante nosotros surgieron las voces del neo romanticismo con su sorprendente diversidad, voces de derecha y de izquierda, voces de la revolución y de la reacción. Voces que leídas retrospectivamente nos permitían comprender no sólo la tragedia que se cernía sobre Europa sino que, a algunos de nosotros, nos alejaron de los vientos festivos de una posmodernidad que venía anunciada como la partera del fin de la historia.

A veces tiendo a pensar la década de los ochenta como una enorme máquina trituradora y, otras, como una bocanada de aire fresco que nos sacó de catecismos dogmáticos. En ella se clausuraron las antiguas fusiones político-ideológicas; ella nos preparó, sin que en principio lo supiéramos, para el reflujó académico con su molición descomprometida y sus jugueteos teóricos cada vez más sofisticados y alambicados. Llegó Foucault y se derramó como lava ardiente sobre la escena intelectual. La biblioteca recibió con inicial regocijo a la *Arqueología del saber* y *El orden del discurso*, a *Vigilar y castigar* y a la inconclusa *Historia de la sexualidad*, esos libros venían a reunirse con la bellísima *Historia de la locura en la época clásica* y su siempre sorprendente obra *Las palabras y las cosas*. Foucault se convirtió en palabra santa, sus teorizaciones sobre el poder y su nietzscheanismo pasaron a ser el nuevo manual del estudiante avanzado de sociología. Un nuevo esencialismo disfrazado de perspectivismo epistemológico ganó amplios espacios en la biblioteca y durante casi un lustro el lenguaje foucaultiano reinó soberanamente entre nosotros. Confieso que si bien siempre leí y sigo leyendo con placer a Foucault nunca me sentí cobijado por su gramática del poder y, pasado el tiempo, coloqué algunos de sus libros en el estante de los clásicos sabiendo que permanecerán por derecho propio allí independientemente del deseo de algunos intelectuales vernáculos que gustan declarar su condición de viudas del francés y que terminaron por escolastizar su enseñanza.

Los ochenta fueron para mí, y mi biblioteca lo expresó plenamente, años de lectura, primero adorniana y, después, benjaminiana en la que insistí con una tradición que me había protegido del derrumbe que se avecinaba hacia el final de los setenta. El Marcuse de *El hombre unidimensional* acabó resultando demasiado obvio aunque su fuerza anticipatoria permanece inalterable. En cambio *Dialéctica Negativa* constituyó, desde un comienzo, una experiencia filosóficamente decisiva; una lectura en la que podía continuar el diálogo con la tradición de Hegel y Marx sin eludir sus anacronismos. En algún sentido *Dialéctica Negativa* es un libro imposible (de él ha dicho cosas tremendas Leszek Kolakowski), es un libro que mortifica al lector, que no lo deja en paz, que le impide convertirlo en fórmulas enseñables. Es un libro que nos incita, que perturba el simplón juego de las categorías y que reusa ser transformado en teoría normativa. Es un libro que nos inquieta continuamente y que no acaba de ofrecernos un camino seguro y tranquilizador. Con Adorno mi biblioteca siempre se regocijó, leerlo implicaba recorrer nuevas geografías, internarme en territorios que llevaban inexorablemente a la adquisición de más libros en los que seguirle la pista a sus ideas. Volvió Freud, al que había leído muy lateralmente en los años anteriores; comenzó a dibujarse la silueta de otra lectura de Lukács acompañada ahora de la insoslayable escritura de Georg Simmel y, lógicamente, me sorprendí y entusiasmé con la desmesura erudita de Max Weber. Mientras el mundo académico de las ciencias sociales era atravesado de lado a lado por la última moda destinada a un estrellato fugaz, moda que permitió reemplazar sin grandes culpas la idea marxiana de clase obrera por el concepto volátil e infinitamente polivalente de movimientos sociales, a mí la rigurosidad del pensamiento adorniano me llevó hacia las vanguardias estéticas, hacia la desolación del expresionismo, a las discusiones anacrónicas entre vocablos que parecían excluirse definitivamente: arte, utopía, política, compromiso, redención, negatividad. Batalla perdida en medio del griterío atronador que se fascinaba con el nuevo bestiario de época: los sujetos fugaces que desmentían la idea misma de sujeto y que se adaptaban maravillosamente bien a los flujos evanescentes del mercado. Movimientos sociales irrumpían por todos lados mostrando, eso sí, sus credenciales de “nuevos”, indispensable para adquirir estatus académico. De los diversos ecologismos a las tribus gays y feministas, de los sin tierra a los colectivos juveniles, inclusive los consumidores autoconscientes ocuparon su lugar y los antitabaquistas manifestaron su fervoroso puritarismo sanitarista. Y, como no podía ser de otra manera, la biblioteca esperó resignadamente la llegada de una nueva marea de libros indigeribles, productora de una insólita obsolescencia que ya ni siquiera me permite recordar sus títulos.

El debate se presentó a través de un pequeño libro de Lyotard, *La condición posmoderna*, y de una contestación breve pero paradigmática de Habermas, “La ilustración, un proyecto inconcluso”. Desde ese momento el fuego arreció desde todos los frentes y nadie pudo sustraerse al combate. Nicolás Casullo, entre nosotros, le dió sistematicidad al debate en un volumen en el que recogió algunas de las posiciones más sugerentes y emblemáticas. Desde Europa llegaron los Vattimo y los Baudrillard, los Lipovetski y los Rupert de Ventós que señalaban la despedida de la modernidad anunciando prolijamente sus múltiples cadáveres: de la historia, de la ideología, del sujeto, de la realidad, muertes que se asociaban a aquella otra anunciada anticipatoriamente por Foucault en su famosa sentencia final de *Las palabras y las cosas*. La biblioteca se agitaba en medio de fuegos artificiales y escrituras apocalípticas o festivas. Habermas replicaba a la ofensiva neoconservadora-posmoderna-nihilista a través de *El discurso filosófico de la modernidad*, en el que se hacía un revoltijo con Heidegger, Nietzsche, Derrida, Daniel Bell, Benjamin, Adorno, Foucault, Bataille, señalando las afinidades subterráneas entre la ideología neoconservadora y el nihilismo postestructuralista. Tuve la tentación de poner ese libro junto al ejemplar editado por Grijalbo de *El asalto a la razón* de Lukács, aunque reconozco que el tono habermasiano es infinitamente más civilizado y tolerante que el empleado por el filósofo húngaro.

Mi pregunta de aquellos años, que de algún modo marcó mi propio camino, giró hacia la posibilidad de pensar en una modernidad no reducida a la racionalidad comunicativa habermasiana ni liquidada rápidamente por las bacanales posmodernas. Salir, en todo caso, en búsqueda de una modernidad trágica portadora de zonas esquivas. Para eso tuve que ampliar la biblioteca incorporando la cuestión, para mí crucial en aquel contexto, del romanticismo y sus derivaciones, buscando inclusive en los propios clásicos del pensamiento moderno sus claroscuros, sus líneas de fuga. Una lectura sumamente provechosa de esos años fue *El héroe y el Único* de Rafael Argullol, al que siguieron muchos otros libros que recuperaban una tradición rápidamente despachada como reaccionaria y antimoderna. La figura de Hölderlin ocupó un lugar destacado en los estantes centrales.

La segunda mitad de los ochenta y los primeros noventa estuvieron marcados por ese debate; la trama de la tradición moderna fue recorrida con distintos objetivos: para unos se trataba de liquidar su saldo al mejor precio festejando la llegada de una época caracterizada por una extraña alquimia de hedonismo individualista (*La era del vacío* de Gilles Lipovetski se convirtió en la avanzada de aquellos que se volcaban entusiastamente a la celebración de una posmodernidad exultante), de proliferación mediática, de privatización de la esfera pública, de nihilismo inconsistente y dominio de lo políticamente correcto. Libros como la saga lipovetskiana o *El fin de la historia* de Fukuyama representaron el lado frívolo de un debate que también tuvo su lado serio y reflexivo, principalmente a través de Derrida y los fervores deconstruccionistas que se manifestaron en ambas orillas del Atlántico. Otros franceses, pienso en Badiou, en Ranciere, en Balibar, junto con un siempre aggiornado Ernesto Laclau, revivificaron las venerables redes tejidas por los encuentros, complejos y sugerentes, de las antiguas y nuevas voces que desde el estructuralismo sesentista al postestructuralismo contemporáneo desplegaron su propia crítica de la modernidad, tratando de sostener un anclaje político. Si bien tuvieron su presencia en mi biblioteca no recibieron una especial atención de mi parte (Laclau reingresaría, años después y bajo otras circunstancias político-intelectuales, a mi biblioteca a través de *La razón populista*). Preferí inclinarme hacia algunos pensadores italianos que sintonizaban, al menos eso creía, una misma frecuencia. Desde la primera lectura de la antología publicada por Aldo Gargani con el nombre de *Crisis de la razón*, pasando por algunos exponentes de la escuela de arquitectura de Venecia como Manfredo Tafuri, Massimo Cacciari (aunque siempre me resultó excesivamente críptico) y particularmente Franco Rella. Con ellos regresaba al clima cultural de la Viena fin de siglo, a los debates de entreguerras, a otra lectura de Freud y a una interesante alquimia de Benjamin y Foucault. En medio del huracán posmoderno era posible descubrir esas otras sendas

de la cultura moderna, atisbar sus líneas de fuga, sus voces roncas pero esenciales que me permitían seguir insistiendo con la idea benjaminiana de *tradición*. También llegaría, como parte de esa escritura italiana que intentaba leer desde otro lado la trama de nuestro fin de siglo, Giorgio Agamben y sus eruditas indagaciones críticas respecto a la modernidad, a la máquina estatal, al estado de excepción y a su figura emblemática: el *homo sacer*.

Y de Benjamin se trató abundantemente en las últimas tres décadas. Todavía recuerdo la exaltación de aquella primera lectura, inducida y discutida apasionadamente con Pancho Aricó al regresar él a la Argentina, en 1984, de las *Tesis sobre filosofía de la historia* en la edición de *Discursos interrumpidos* de Taurus. La entrada de Benjamin a la vida intelectual fue menos fulgurante que la de Foucault, pero a algunos nos resultó decisiva para recoger lo mejor de una tradición amenazada de muerte abriendo, al mismo tiempo, otras líneas de indagación que nos remontaban, al menos eso ocurrió conmigo, hacia los mundos fabulosos del mesianismo judío, de la mística del lenguaje, de la memoria de los derrotados, de la crítica del progreso y de la espera de un giro extraordinario en el devenir de la historia. Benjamin me condujo naturalmente a Gershom Scholem y a la Cábala, pero también me hizo leer a Carl Schmitt y a Donoso Cortés. A través de su escritura reconocí la fluidez sorprendente de tradiciones opuestas que sin embargo confluían en su posicionamiento heterodoxo. Decir que Benjamin representó una liberación de ataduras y dogmas, la posibilidad de leer de otro modo, es apenas destacar una de sus influencias fundamentales. Sus libros están allí, en un lugar destacado de la biblioteca. Es probable que la máquina académica que todo lo devora y lo tritura hasta volverlo insustancial no se detenga a preservar el pensamiento inquieto e incómodo de Benjamin, su fuga de toda sistematización y su refinada tendencia a desmentir cualquier recepción unilateral. En su escritura se cruzan para regocijo de la biblioteca Marx con Kant, Kafka con Proust, Nietzsche con Baudelaire, Hölderlin con los barrocos alemanes y con Calderón de la Barca, Isaac Luria con Bakunin, Dostoievski con Louis Aragon, Schelling con Sorel, Scholem con Stefan George, Goethe con Lukács. La inspiración del autor de “Desembalando la biblioteca” subyace a lo que escribo.

Las transformaciones operadas en la biblioteca resultaron sorprendentes mostrando en sus anaqueles un cuerpo bibliográfico que poco o nada tenía que ver con aquel otro que había proliferado en las décadas anteriores. Poco o nada quedó de los cientos de libros dedicados al Tercer Mundo; de los intensos exponentes del debate marxista apenas si quedaron los que ya olían a clásicos perdiéndose una multitud de títulos en la noche de los tiempos; los estantes repletos con aquellos libros que leían la historia Argentina en clave política siguieron también el camino del ostracismo (las obras de Abelardo Ramos, las de Rodolfo Puiggróss, las de José María Rosa, las de Ortega Peña, se herrumbraron después de haber sido leídas con pasión comprometida). La década del ochenta prefirió los libros de un recuperado José Luis Romero, de Tulio Halperín Donghi, de Natalio Botana, historiadores académicos y vapuleadores de mitos que se correspondían mejor con las nuevas exigencias de una revisión de la historia descargada de las demandas de una polémica esencialmente política muy poco inclinada a respetar las reglas del oficio. Ya no despotricábamos a favor o en contra de Sarmiento, tampoco nos rasgábamos las vestiduras defendiendo a Rivadavia contra Rosas, ¿quién leía a los viejos historiadores del revisionismo que tan decisivos habían sido en el giro de un vastísimo sector de la izquierda intelectual hacia el peronismo? Los hermanos Irazusta, Ernesto Palacio, Arturo Jauretche, Scalabrini Ortiz, Hernández Arregui se convirtieron en figuras fantasmales, en antiguos habitantes de privilegio de una biblioteca que ahora los ponía a un costado, apenas como recuerdo o curiosidad bibliográfica. A medida que esos nombres se iban desvaneciendo fue creciendo, al menos para mí y en mi biblioteca, la figura de Martínez Estrada que me ofrecía otra mirada de la Argentina, una mirada que se hizo más potente y anticipatoria a medida que nos adentrábamos en la era menemista. De *Radiografía de la Pampa* a *La cabeza de Goliath*, pasando por su maravilloso libro sobre Guillermo Enrique Hudson y su implacable interpretación del *Martín*

Fierro, la escritura de Martínez Estrada me devolvía a la tradición de un ensayismo inquietante, apasionado, exuberante e intransigente. Fue un buen refugio frente a los aires malsanos de los noventa. Nosotros lo leímos de un modo diferente a como lo habían hecho algunos de los integrantes del grupo *Contorno*. Treinta años después la pluma de Martínez Estrada regresaba para interpelarnos respecto a la espesa trama argentina.

Estos últimos diez años la biblioteca siguió expandiéndose aunque su eclecticismo se volvió más pronunciado y sus antiguos fervores y polémicas dejaron paso a cierto enclaustramiento, a un pronunciado abandono de lo público que corrió parejo con un eclipse de las intervenciones intelectuales. La convertibilidad también hizo estragos en la proliferación de libros insustanciales que se acomodaban a los bolsillos del deme dos argentino mientras que la biblioteca hacía esfuerzos por conservar su proverbial medida eludiendo las tentaciones del nuevo rico capaz de comprarse cuanto nuevo libro se publicaba en España. Es difícil, ayer y hoy, sustraerse a la industria cultural con sus demandas de lecturas supuestamente imprescindibles. Pocos, pero valiosos, fueron los autores que nos llegaron con aires nuevos y viejos al mismo tiempo, que nos permitieron eludir la chatura y la banalidad que se generalizaban en el cuerpo argentino y que también invadía universidades y parnasos culturales. Con los compañeros de la revista *Confinés* optamos, en aquellos años estúpidamente frívolos dominados por el lenguaje espurio de los medios de comunicación y de los periodistas estrella, por construir un ámbito de refugio y de revisión crítica de las tradiciones del pensamiento moderno. Y una vez más la biblioteca nos devolvió lo esencial, lo que siempre permanece, aquellos libros y aquellas escrituras con las que sigue siendo posible no sólo mantener un diálogo fecundo e imprescindible sino que constituyen el puente para continuar recorriendo las geografías de un pensar soñador y crítico, pesimista y utópico. Allí, entre sus estantes cargados de libros leídos y por leer, portadores de una memoria ejemplar, testigos de esperanzas y fracasos, de olvidos y resurrecciones, sigue persistiendo lo que del pasado le habla al presente.

Recibido: 23 de octubre de 2012

Aceptado - 10 de diciembre de 2013

ISSN: 2314-2987